

EL PEGASO: LA EDICIÓN DEFINITIVA.
TOVAR DE TERESA, GUILLERMO. *EL PEGASO*
O *EL MUNDO BARROCO NOVOHISPANO EN EL SIGLO*
XVII. SEVILLA: EDITORIAL RENACIMIENTO, 2006.
ISBN: 84-8472-281-3

Alejandro González Acosta*



La desaparición del estudioso Guillermo Tovar de Teresa (1956-2013) impone la consideración de esta obra primordial suya como un clásico de inexcusable consulta, donde los lectores sin duda apreciarán una mirada novedosa y sumamente audaz, pero siempre sustentada sobre el argumento y la reflexión, muy adentrada en las raíces psicológicas de la mentalidad del mexicano, a partir del conflicto histórico que supuso la conquista y la formación de una *identidad otra* lista para reclamar su espacio espiritual e insertarse en el concierto universal de los perfiles nacionales. Este libro es quizá el más ambicioso ideológicamente de todos los que integran la nutrida bibliografía del erudito mexicano, y es el resultado de una sucesión de ediciones que, a través de los años, fueron redondeándose y completándose, como implica su esencia de *opera aperta*, pues requirió una constante reconceptualización del tema y una progresiva asunción, valiente, sincera y dolorosa del alma nacional.

Durante el siglo xx mexicano, cuando alcanza un despliegue más abierto el intento ontológico de *sentirse* en el mundo contemporáneo, hay al menos tres ensayos fundamentales¹ para tratar de entender, o al menos intentar ponderar, la esencia nacional: *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), de Samuel Ramos; *El laberinto de la soledad* (1950), de Octavio Paz; y más cercano a nosotros en esta vecindad temporal, *El*

*Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

¹ También se podrían considerar los valiosos aportes de Emilio Uranga (1921-1988), en su *Ensayo de una ontología del mexicano* (1949) y en *Análisis del ser mexicano* (1952).

Pegaso (1984, 1986, 1993, 2006), de Guillermo Tovar de Teresa. Además, todos estos estudios se encuentran admirablemente espaciados entre ellos e indisolublemente unidos: Paz lee a Ramos de la misma manera que Tovar a Paz. Una visión panorámica del pensamiento ontológico mexicano que aspire a cierta pertinencia no puede prescindir de ninguna de estas tres miradas críticas fundacionales.

Resulta muy importante entender este posicionamiento del ensayo de Tovar en la cadena de pensamiento histórico señalada, para apreciar su magnitud y trascendencia. Si los estudios de Ramos y Paz propusieron entender el “ser mexicano” a partir de las observaciones generales de los rasgos nacionales más comunes y permanentes, en cambio Tovar postula el origen de una identidad especial, a partir del momento mismo de su concepción, en la fusión dolorosa que significó el suceso histórico de la conquista y el proceso siguiente de evangelización, que encuentra en el siglo xvii, cien años después del hecho militar, su catálisis como embrión que será incubado para su explosión en el siglo xix; es decir, desde el instante preciso de la fecundación que generará un nuevo ser social, cuando chocan y se funden dos elementos dispares que a la larga resultarán complementarios e indivisibles. Si las miradas de Ramos y Paz se correspondían con la de un filósofo y la de un escritor, la de Tovar es, sin duda alguna, la de un historiador sólidamente establecido, quien suma y compendia las anteriores interpretaciones en un conjunto integral de expresión literaria, profundidad filosófica y precisión histórica. Sólo un pensador con la formación —autodidacta— y la amplitud —universal— de Tovar podía asumir un desafío tal con semejante resultado.

En el segundo milenio apareció la edición definitiva (nadie, ni el autor, pensamos que fuera así) de *El Pegaso* (2006), donde retomó, amplió y acumuló nuevas reflexiones y atisbos, realizada por la espléndida editorial sevillana Renacimiento (la primera fue en *Vuelta* en 1984,² una segunda en 1986 y una tercera en 1993),³ lo cual me permitió releerlo y comentarlo puntualmente con Tovar en numerosas ocasiones, con

² “Pegaso, emblema de Nueva España”, *Vuelta* 86 (enero de 1984): 26-31.

³ En Cecilia Noriega Elío, ed., *VII Coloquio de Antropología e Historia Regionales. El nacionalismo en México* (México: El Colegio de Michoacán, 1992), 671-689. Hay una tercera edición, quizá la más conocida publicada en México: *Vuelta* / Heliópolis, 1993, 99 pp.

aumentado placer y provecho, y no sólo por las novedosas ideas que aparecen en esta nueva aparición, y hoy a 10 años de su publicación definitiva, resulta de extraordinaria pertinencia para tratar de entender más certeramente este delicado y escabroso asunto de la mexicanidad,⁴ y su implicación en el complejo país que vivimos hoy. Esta posibilidad de lectura renovada lo eleva y confirma en esa difícil categoría que es la de un *clásico*, uno de los mejores obsequios que nos legó su autor en su lamentablemente breve pero fructífera vida. Si obviáramos —tarea imposible— el resto de sus muchas obras, con ésta ya tenía asegurado Tovar su lugar de honor en el Parnaso mexicano. Las reiteradas oportunidades en que él, como puede apreciarse, regresó al tema, indican la persistencia de sus obsesiones reflexivas hasta el final de su existencia. Este ensayo fue primero un logro de la feliz intuición de juventud, y luego el libro de la madurez medular: ese es su legado mayor. Guillermo Tovar creció y maduró junto con su *Pegaso*.

Es un hecho revelador que entre la primera y la segunda escritura de su *Pegaso* ocurren los formidables sismos de septiembre de 1985, que azotaron con inaudita furia destructora la Ciudad de México y otras regiones del país. En esos días aciagos, el joven Tovar —de escasos 29 años— anduvo entre las ruinas de la urbe amada, asistiendo a los necesitados y, cual nuevo Carlos de Sigüenza y Góngora,⁵ su antecesor como cronista en el siglo xvii, procurando salvar lo salvable en medio del cataclismo y brindando consuelo y alimento a los aterrados sobrevivientes de los terremotos. Es una empresa difícil de concebir para quienes lo conocieron como el hombre siempre atildado y elegante, imaginarlo sudoroso, con las mangas al codo, hurgando escombros y extrayendo cadáveres de las ruinas.

Estoy convencido de que esa terrible experiencia marcó su impresionable sensibilidad, y que las muestras de ejemplar solidaridad que espontáneamente agruparon a la ciudadanía en su defensa misma, ante

⁴ Por sólo citar un ejemplo muy conocido, el bienintencionado gesto de Pedro Henríquez Ureña, al hablar de “la mexicanidad de Juan Ruiz de Alarcón” (1915), suscitó algunos resquemores y molestias. A un siglo de distancia, las sensibilidades siguen despiertas.

⁵ Por cierto, como a otros comentaristas, me resulta muy interesante que Sigüenza y Góngora también fijó su atención en el *Pegaso*, al asumirlo como *ex libris* con el mote: *Sic itur ad astra* (“Así hacia el cielo”).

una autoridad un tanto indolente y morosa (la cual, al parecer, nunca se percató suficientemente de la magnitud de la tragedia), desató en sus mecanismos mentales la maquinaria que le permitió sumergirse en las profundidades del alma mexicana, tocada de muerte por la abrumadora experiencia que conmovió no sólo los cimientos físicos, sino también los basamentos sociales de la comunidad. Ya Eros había ganado su corazón, pero Tánatos después movió su pluma. Su obra, renacida en esas circunstancias, fue exorcismo, pero también eucaristía.

Conocí la primera versión del *Pegaso* en 1984, en la revista *Vuelta*, un ejemplar milagrosamente filtrado a través de la maciza aduana cubana, pero que en esta oportunidad al menos (por obra de una mano amiga) no lo fue tanto, y disfruté así el pensamiento y el pulso expositivo de un sujeto a quien después tendría la fortuna de conocer personalmente y llegar con el tiempo a convertirme en uno de sus amigos más cercanos, privilegio que atesoro y agradeceré hasta el fin de mi camino.

Para esta aparición definitiva, lo que comenzó en 1984 siendo un virtuoso *solo*, ahora deviene en *sinfonía* polifónica, con tres *oberturas* y dos *codas*: los tres estudios introductorios (de los acreditados especialistas David Brading, José Pascual Buxó y Jacques Lafaye),⁶ y las dos conversaciones que el autor sostiene respectivamente con la historiadora Guadalupe Lozada León y la poetisa y ensayista Verónica Volkow. El ensayo en sí mismo, precedido por la introducción y cerrado por unas conclusiones, tiene seis capítulos, que formarían los diversos *tempos* de esta sinfonía de pensamientos. El texto medular cuenta así con una multiplicidad de miradas críticas sin duda muy enriquecedoras desde sus diferentes ángulos: un historiador inglés (Brading), un crítico mexicano de origen español (Pascual Buxó), otro historiador francés (Lafaye), una poetisa y crítica mexicana de origen ruso (Volkow) y una historiadora azteca emparentada con la antigua nobleza mexicana (Lozada). Cada uno de ellos borda con pespuntes propios la gran obra de Tovar.

Tovar toma como válido pretexto para su reflexión la escultura original del *Pegaso*, de autor desconocido hasta ahora, que fue colocada en 1625 rematando la fuente del otrora Palacio de los Virreyes de la Nueva

⁶ Por cierto, según la editorial, ordenados alfabéticamente por sus autores, pasando por alto que "Pascual" es en este caso apellido, no nombre.

España y hoy, muy remodelado, Palacio Nacional de la República, en la Plaza de la Constitución (no sé por qué la insistencia en llamarla morunamente como "Zócalo"), para elaborar una profunda y jugosa reflexión sobre la psicología novohispana y, por ende, a la larga, mexicana. Así pues, un libro de tan amplia trascendencia como éste tiene la virtud de propiciar y estimular el diálogo, que puede ser de afirmaciones, dubitaciones y, ¿por qué no? de *anticipaciones* que continúan este dilatado proceso, y prepara el camino para los grandes ensayos sobre la mexicanidad del siglo XXI. Y es que Tovar, con este trabajo en particular y con todos sus otros empeños en general, se inscribió en la gloriosa tradición mult centenaria que él mismo reseña en su libro, sin percatarse plenamente de ello, objeto él mismo de su estudio, por una suerte de prodigio *especular* (*specularis* está relacionado con *speculatio*, observarse a sí mismo, portentoso Narciso) y a la vez, por enfrentamiento, de *laberinto*, desde antes de Eguiara y Eguren hasta acá en estos inciertos y tenebrosos tiempos contemporáneos. Puedo afirmar que son muy pocos los libros que he podido disfrutar más provocadores que éste.

Jovencísimo Sócrates (no olvidar que cuando aparece en el ruedo por primera vez su *Pegaso*, Tovar tiene escasos 28 años,⁷ insólita edad para un historiador acreditado y mucho más para un *filósofo de la Historia*), luego atemperado por su madurez cincuentera, privilegió la implacable revisión de todo lo antes establecido como vía de mejor probanza para llegar, si no a la Verdad, al menos a una serie de difíciles "verdades" particulares. Y esto lo hace con arte tal, con tamaño despliegue de implícita mayéutica, que no abruma al lector, a quien prefiere ahorrar las aturdidoras notas a pie, las cuales, si bien pueden otorgar un artificioso relumbrón de sapiencia, estorban el trenzado y anudamiento del hilo de los pensamientos, a la manera de su maestro Octavio Paz, quien tampoco gustaba mucho de esta esteparia floresta académica en la base de sus páginas.

Todo lo dicho anteriormente, de tal suerte y proporción, que este nuevo y definitivo *Pegaso* de Guillermo Tovar, renacido en su última flo-

⁷ Nada asombroso en realidad, para un personaje que a los 12 años de edad fue nombrado como asesor de la Presidencia de la República... A la vista de su obra durante poco más de cinco décadas de fructífera vida, sólo queda reconocer que el "niño prodigio" no se malogró, aunque su temprana partida nos privó quizá de obras aún mayores y trascendentales.

ración, se propone como verdadero *libro de texto* para aquellos auténticamente interesados en explorar el alma mexicana y sus más ocultos —y ocultados— pliegues.

Un mérito relevante de una obra como este *Pegaso* de Tovar es no sólo lo que dice, sino lo que sugiere. Al realizar un abordaje tan novedoso y trascendente de la Historia, abre la posibilidad para que sus lectores —yo entre ellos— intentemos también el vuelo sobre los lomos del caballo alado para aventurarnos en la búsqueda y asociación de otros elementos que pueden haber estado involucrados con el hecho mismo que pondera. Logra así el autor una suerte de benéfico contagio extensivo a sus lectores, invitándolos a participar en el prodigio de la imaginación reflexiva y erudita, lo cual intento también con estas páginas.

No se puede entender el *Pegaso* de Tovar sin tener en cuenta el sustento de su visión. Como auténtico historiador, y no como muchos otros que hacen “historias”, Tovar de Teresa encauza su mirada a través de una filosofía que le nutre y en este caso es la del muy injustamente hoy olvidado y desconocido por numerosos “especialistas”: Paul Diel (Viena, 1893-París, 1972), quien como filósofo fue influido por Kant y Spinoza, y como psicólogo ha sido vinculado con Freud, Jung y Adler; Diel fue fundador de la *Psicología de la motivación*, y trabajó con enorme provecho y dedicación el simbolismo en la mitología griega y los textos bíblicos. Por sus múltiples contribuciones, recibió cálidos elogios, lo mismo de Albert Einstein que de Gastón Bachelard. Su aporte historiográfico fundamental fue tratar de rehabilitar la introspección como instrumento de análisis, que llamó la *psicología ética*.⁸ Apoyado en este basamento teórico, Tovar emprende la labor de esa difícil *arqueología espiritual* del mexicano, tomando como motivo inspirador una escultura estratégicamente ubicada como expresión de una voluntad de representación nada casual: el Pegaso de la fuente de Palacio Nacional.

La historia del monumento es tan azarosa como la de la ciudad que ennoblece. Fue mandada a colocar por el virrey Rodrigo Pacheco y Osorio, marqués de Cerralvo, en 1625, como parte del trabajo de reconstrucción del Palacio después de los destrozos ocasionados por el Motín de

⁸ Por fortuna, está editado entre nosotros. En el Fondo de Cultura Económica han aparecido *Psicoanálisis de la divinidad*, *Los símbolos en la Biblia y Dios y la divinidad*.

1624, en la misma época cuando estallaron las diferencias entre el virrey Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves, y el arzobispo Juan Pérez de la Serna, que alcanzaron su punto más álgido con la excomunión del primero por el segundo. Aparece en una época especialmente difícil y de mucha inquietud social y política. Desde una primera mención explícita⁹ como “una fuente con un caballo”, apuntada por el bachiller Juan de Viera en su obra *Compendiosa narración de la ciudad de México* (escrita en 1777, pero editada por Gonzalo Obregón hasta 1952), la escultura fue retirada en 1792 para ser sustituida por una “Fama alada”. En los años 70 del siglo xx, y como parte de las importantes transformaciones de que resultó objeto el Palacio Nacional, fue repuesto el Pegaso, lo cual dio origen a diversas opiniones.¹⁰ El actual Pegaso (1975) que ostenta la fuente es obra del notable escultor Humberto Peraza y Ojeda (1925-2016).

La época de su emplazamiento inicial estuvo marcada por la inquietud social, la inestabilidad política y la actuación de personajes muy diversos y hasta legendarios, como fueron el célebre aventurero de origen irlandés Guillén de Lampart (o William Lamport) y el cosmógrafo real Enrico Martínez (Henri Martin, ¿alemán o francés?), diestro en obras civiles como la construcción de acueductos y otras tareas de desecación, y también en prácticas de “astrología judiciaria” algo heterodoxas y hasta heréticas para la fe de esos tiempos. La Nueva España era entonces un territorio fértil, lo mismo para los delirios de un aventurero como Lampart que de un astrólogo como Martínez.

Según los historiadores José Manuel Villalpando y Alejandro Rosas, el Pegaso fue considerado, brevemente, como símbolo nacional en lugar del águila tradicional:

Llevado por su espíritu modernizador, enemigo de todo lo que hiciera referencia al pasado, el virrey Palafox ordenó cambiar el escudo mexicano, que mostraba a un águila devorando una serpiente sobre un nopal, y lo susti-

⁹ Antes hubo otra, donde se refería a la fuente coronada por “un caballo que manaba agua”, sin especificar si era alado como un Pegaso.

¹⁰ Véase Manuel González Galván, “La fuente de Palacio Nacional”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM*, núm. 43 (1974): 121-126.

tuyó por la imagen de un pegaso, caballo alado que, según él, representaría el anhelo de los novohispanos por llegar al cielo. Por supuesto, a los pocos años, se regresó al viejo y tradicional escudo de armas de México.¹¹

Posiblemente la idea para este cambio ordenado por el virrey Palafox provino del Pegaso emplazado en el patio del Palacio de los Virreyes, desde unos años antes.

La emblemática y muy ritual zona del centro de la Ciudad de México ha sido un campo habitual para los Pegasos. Cuando el presidente Porfirio Díaz concibió la idea de construir el Palacio de las Bellas Artes, encomendado al arquitecto Mario Pani, éste encargó al entonces famoso escultor español Agustín Querol y Subirats (1860-1909) un conjunto de cuatro grupos escultóricos con Pegasos, para ser colocados en los ángulos de la magna edificación. Sin embargo, al estallar la Revolución, las obras de Bellas Artes quedaron interrumpidas y las esculturas que llegaron fueron colocadas en los ángulos de la Plaza de la Constitución, en una muy agradable y hermosa disposición ambientada con árboles y arriates; pero cuando en la época del presidente sustituto general Abelardo Luján Rodríguez se reanudaron y culminaron las obras del Palacio de Bellas Artes, fueron finalmente ubicados en su emplazamiento actual, correspondiendo al propósito original. El probable modelo para estas obras es el grupo de "La Gloria y los Pegasos" que realizó Querol para el remate del Ministerio de Fomento (hoy Ministerio de Agricultura) de España, en Madrid (1897). A diferencia de su antecesor en la fuente, estos Pegasos de Querol tenían un propósito estrictamente decorativo, ajeno a cualquier implicación simbólica. El Pegaso está tan indisolublemente vinculado con el destino mexicano que, además de señorear la fuente palaciega, en otra época de florecimiento se vio reproducido como un ente protector: a semejanza de los leones alados que custodiaban la entrada del gran palacio de Persépolis, o las esfinges dispuestas a ambos lados de la calzada de acceso al Templo de Karnak, fueron colocados en las cuatro puntas de la Plaza de la Constitución, corazón y entraña más profunda e íntima del

¹¹ José Manuel Villalpando y Alejandro Rosas, *Historia de México a través de sus gobernantes* (México: Planeta, 2010), 57. Advierto que los autores no mencionan la fuente de donde tomaron este dato.

país; otros tantos caballos alados que fueron trasladados más tarde en los avatares urbanos sacudidos por la política hoy velan las esquinas de la gran casa del arte de México: la civilización enfrentando a la barbarie.

El momento cuando se emplaza la fuente con el Pegaso original (1625) a raíz de la pavorosa sublevación popular del año anterior refuerza la propuesta de que se trata de un monumento con una intención simbólica. Si bien es cierto que el caballo alado está vinculado con la figura del Perseo y la Gorgona, y que el guerrero puede representar a Hernán Cortés y el monstruo a la barbarie de una atemorizante Coatlicue, el pensamiento simbólico prefirió adoptar el resultado de la interacción de ambos: de la sangre de la Gorgona paralizante y terrible, derramada por la valerosa habilidad de Perseo, brota el Pegaso, ser aéreo y, por tanto, celestial. Se orilla de esta forma la antítesis para arribar a la síntesis; en términos hegelianos, se soslaya la unidad y lucha de contrarios para privilegiar los cambios cuantitativos en cualitativos y coronar el proceso con la negación dialéctica que determina el progreso civilizatorio. De orígenes encontrados, por el enfrentamiento doloroso, se planta el germen de una conciliación nacional. Y eso es lo que los gobernantes ilustrados de la Nueva España buscaron mostrar con el Pegaso sobre la fuente ubicado en el corazón mismo del dominio novohispano, derramando el agua vivificadora de su Fuente Castálida: el mensaje resultaba claro y evidente, aún para los menos instruidos.

El Pegaso es una figura mitológica que siempre ha despertado atención en los eruditos, por su complejidad y significados. El controvertido Fulcanelli (quienquiera haya sido este enigmático personaje) señalaba en su famoso *El misterio de las catedrales*:

El corcel, símbolo de rapidez y de ligereza, representa la sustancia espiritosa [*sic*]; el caballero indica la ponderabilidad del cuerpo metálico grosero. A cada cohobación,¹² el caballo derriba a su jinete, lo volátil abandona lo fijo [...] La absorción de lo fijo por lo volátil se efectúa lenta y trabajosamente. Para loglarla, hay que tener mucha paciencia y mucha perseverancia

¹² *Cohobación* es un procedimiento de destilación alquímica, donde se repite varias veces el mismo proceso y se reincorpora a la sustancia destilada sus propios destilados. Nota del autor.

y repetir a menudo la afusión del agua sobre la tierra, del espíritu sobre el cuerpo [...] El corcel de Notre-Dame es igual al *Pegaso* alado de la fábula (raíz: *fuelle*). Como él, arroja al suelo a sus jinetes, llámense Perseo o Berofonte. Es él quien transporta a *Perseo* por los aires hasta la morada de las *Hespérides*, y hace brotar, de una coza, la fuente *Hipocrene* en el monte Helicón, fuente que, según se dice, fue descubierta por *Cadmo*.¹³

Este hermetista contemporáneo se refirió en otro pasaje de su libro a una relación interesante, afín con el tema de Tovar:

El mito de Tristán de Leonís es copia del de Teseo. Tristán mata en combate a *Morlot*; Teseo al *Minotauro*. Aquí encontramos de nuevo el jeroglífico del *León Verde* —de ahí el nombre de *Léonois* o *Léonnais* llevado por Tristán—, que nos enseña Basilio Valentín, en forma de lucha de dos campeones: el águila y el *dragón*. Este combate singular de los cuerpos químicos cuya combinación produce el disolvente secreto (y el vaso del compuesto), ha dado tema a una gran cantidad de fábulas profanas y de alegorías religiosas. Es Cadmo clavando la serpiente en un roble; Apolo, matando con sus flechas al monstruo Pitón, y Jasón, matando al dragón de Cólquida; Horus, combatiendo al Tifón del mito osiriano; Hércules, cortando las cabezas de la Hidra, y Perseo de la Gorgona; San Miguel, San Jorge y San Marcelo, abatiendo al dragón, copias cristianas de Perseo, montando en el caballo Pegaso y matando al monstruo guardián de Andrómeda; es, también, el combate de la zorra y el gallo, del que hemos hablado al describir los medallones de París; es el del alquimista y el dragón (Cyliani), de la rémora y la salamandra (de Cyrano de Bergerac), de la serpiente roja y la serpiente verde, etcétera.¹⁴

Los constructores originales de la Fuente del Pegaso no conocieron, obviamente, a Fulcanelli, pero sí la rica literatura emblemática que gozaba de gran difusión entre los sectores ilustrados de la época. Y esas lecturas las acumula Tovar con prolijidad en su texto.

¹³ Fulcanelli, *El misterio de las catedrales* (Barcelona: Plaza y Janés, 1970), 115-116. [1ª ed. 1925].

¹⁴ *Ibid.*, 168.

Con la ayuda de Diel, Guillermo Tovar de Teresa desmonta el entramado de sucesos y personajes de nuestro pasado y hace descender de los altares a los actores de la historia, los rehumaniza, despojándolos de los afeites y disfraces que la historiografía *ad usum* se ha encargado de acumular sobre ellos, distorsionándolos. Pero, mucho más importante que el análisis individual de los actores, Tovar emprende la empeñosa tarea de realizar el *psicoanálisis de toda una nación* en su mismo devenir fundacional. El filósofo hace una labor de deconstrucción del retablo catedralicio y consagratorio guarnecido de columnas estípites, y lo rearma en forma de otro retablo, pero de “las maravillas” de Maese Pedro.

Guillermo Tovar realiza con el Pegaso una decodificación semejante a la que, ya mencioné, hizo el enigmático Fulcanelli¹⁵ en *El misterio de las catedrales*, pues establece relaciones insospechadas entre símbolos materiales y trasuntos mentales, reproduciendo arquetipos universales del inconsciente colectivo, en torno a puntos nodales de la identidad mexicana. Pero, ¿por qué precisamente fue la constelación del Pegaso la escogida simbólicamente para la representación de una entidad ciudadana?

Con el propósito de actualizar la antigua atribución de la “Constelación del Pegaso” que realizó en su momento el cosmógrafo Henrico Martínez en su *Repertorio de los tiempos y historia natural desta Nueva España* (1606), donde señalaba que era la que “pasa por los puntos verticales [de la Nueva España y por] lo principal della” y se corresponde con el emplazamiento de la Ciudad de México. Consulté a don José de la Herrán,¹⁶ el gran astrónomo y divulgador científico mexicano, quien gentilísimamente me informó que la estrella principal o Alfa de la constelación del Pegaso¹⁷ es Markab, y considerando que el cenit es la vertical del lugar

¹⁵ No hay todavía acuerdo pleno sobre la identidad de este autor, pues las búsquedas hasta ahora indican que se trata de una persona encubierta, sin precisar sus motivaciones. Si fue una broma, como algunos sospechan con fundadas razones, no hay duda de que se trató de una persona conocedora de numerosos textos sobre el tema, y propietario de una prosa atractiva y pensamientos sugerentes.

¹⁶ Además, mucho me gustaría conocer, pero todavía no ha sido posible a pesar de mis búsquedas, la conferencia de Ricardo Pedraza titulada “La carta astral de la Ciudad de México (siglos XVI-XVII)”, dictada el 13 de octubre de 2007 y organizada por la Dirección General de Divulgación de la Ciencia de la UNAM.

¹⁷ “El Pegaso” o “El Caballo alado” es una de las 88 constelaciones modernas y una de las 48 descritas por Ptolomeo. Se le relaciona astrológicamente con Acuario, por el elemento acuoso.

proyectada hacia el cielo, y que la latitud del centro de la Ciudad de México, donde se encuentra el Palacio de Gobierno, es de 19.5 grados Norte, determina que siendo la declinación de Markab de 15.25 grados Norte, por tanto pasa *diariamente* a 4.5 grados al Sur del Centro de la Ciudad de México, a diferente hora. Markab, la estrella alfa de la constelación, cruza exactamente al mediodía por el meridiano de la Ciudad de México el 24 de marzo, y la variación de la declinación de la misma en 400 años es de menos de tres minutos de arco, de forma que no es medible a simple vista. Esta información del reputado especialista confirma la idea de que la constelación de Pegaso es habitual y sobresaliente en el firmamento mexicano, y perceptible a simple vista por los observadores.

Ahora bien, el 24 de marzo, cuando sobre la Ciudad de México aparece con todo su máximo esplendor la constelación de Pegaso, es el día que la Iglesia católica ha consagrado al poderoso arcángel Gabriel, cuyo nombre en hebreo significa "la fuerza de Dios". El día se escogió porque precede al de la Anunciación (25 de marzo), cuando precisamente Gabriel informa a la Virgen María haber sido fecundada por obra y gracia del Espíritu Santo para parir al salvador del hombre. Gabriel se asocia en la hermética al color azul, al cardinal Oeste y al elemento agua, y posee un caballo, a semejanza del Pegaso, llamado Haizum. A él se le atribuye también la destrucción de Sodoma, pero ante todo es un "ángel de misericordia" y no de juicio (como sería Miguel). Ante semejante cúmulo de asociaciones cuya pertinencia es evidente para el caso de México, cabe preguntarse: ¿habrán tenido en cuenta estos elementos simbólicos los constructores de la fuente del alado caballo en el Patio del Palacio de los Virreyes en 1625? Lo astronómicamente perceptible era que cada 24 de marzo brillaba perfectamente vertical sobre el centro de la Ciudad de México, el cuadrado astral que reproducía el trazado de la ciudad novohispana, renacida de las ruinas humeantes de la capital azteca: la hermética nos dice que lo de arriba se corresponde con lo de abajo, como un calco fiel y en escala mayor, urbana, de todo un proyecto utópico.¹⁸

¹⁸ Tovar ha dedicado uno de sus estudios más memorables a la presencia temprana de las doctrinas utópicas, humanísticas y renacentistas de Moro, Erasmo y Alberti en las tierras del Nuevo Mundo, y en especial de la Nueva España, a través del afortunado hallazgo de un ejemplar del *Tratado de arquitectura (De re aedificatoria)*, escrito en 1452) de León Batista Alberti, que perteneciera al virrey don Antonio de Mendoza, con anota-

Pegaso y su jinete Perseo fueron figuras sumamente populares en la emblemática de inspiración neoplatónica y alejandrina. El segundo está asociado con Belerofonte (*Buraq* entre los islámicos), vencedor de las amazonas y matador de la Quimera, quien encarna el defecto de la ambición excesiva o *hybris*, porque cuando consigue por fin cabalgar al Pegaso, lo obliga a llevarlo al Olimpo para convertirse en dios, pero Zeus le envía un mosquito, el cual muerde en el lomo a la bestia de tal suerte que ésta se encabrita y precipita a su jinete, quien queda descalabrado, lisiado y con una vida lastimera, recordando con tristeza su gloria pasada. Según algunas fuentes clásicas, Perseo nunca cabalgó a Pegaso, pues volaba con unas sandalias aladas obsequio de Hermes-Mercurio. Por otra parte, a Pegaso se le considera el creador de la Fuente Hipocrene, en el Monte Helicón, lo cual se puede asociar con una urbe lacustre como la antigua ciudad de México-Tenochtitlán. Esta similitud fue también advertida por los contemporáneos del monumento, como Juan de Torquemada, en su *Monarchia Indiana* (1615).

Pero lo anterior no es todo. La constelación del Pegaso, conocida desde muy antigua fecha, siempre atrajo la atención de los astrónomos. Con sus medios más sencillos, a simple vista, apreciaron que estaba formada por cuatro estrellas: Markab o Silla de montar (vinculada con la figura de “el Caballero”), Alpheratz o el Ombligo (“el Rey”), Algenib o el Ala (“la Comunidad”) y Sirah o la Mano derecha (“la Iglesia”), y en su conjunto forman un cuadrado perfecto, considerado el más brillante del firmamento.

En la Edad Media, las estrellas más comentadas eran Markab y Homam (“las estrellas de la fortuna del héroe”, justo encima de “la silla de montar”): esta relación entre astros producía según los eruditos afectos a estas creencias, una conjunción especialmente favorable para los guerreros empeñosos. Dentro de las prácticas herméticas donde el macrocosmos se reproducía como una proyección en el microcosmos, mediante la “bisagra” que era el hombre, creación divina y medida de todas las cosas, resulta de interés considerar si quienes decidieron el emplazamiento de la escultura, más allá de su dimensión decorativa, escogieron el

ciones de su mano. Véase Guillermo Tovar de Teresa, *La Ciudad de México y la utopía en el siglo XVI* (México: Espejo de Obsidiana Editores, 1987).

mito alado como un *símbolo alternativo* de la ciudad lacustre de México-Tenochtitlán, en contraposición, pues, con el prehispánico anteriormente aceptado en la iconografía oficial colonial —el Pegaso en batalla con el Águila— y quisieron reproducir abajo lo que reinaba sobre ella en los cielos: el cuadrado perfecto de los astros y su reflejo terrestre en la Plaza Mayor de la ciudad, que así era predestinada para un destino heroico y ejemplar. Una ciudad fundada originalmente por guerreros (los aztecas, dominadores de todos los vecinos durante mucho tiempo, a través de la Triple Alianza), y más tarde conquistada por otros soldados venidos de muy lejos, tenía un sino sangriento y al mismo tiempo purificador y compromisorio. Donde tantos combatientes habían peleado y fecundado la tierra con su sangre —y la de sus enemigos— era posible imaginar que fuera la figura de un “caballero” quien resultara su patrono. Y ‘caballero’ viene de *caballarius*; se le denominaba así también a “los nacidos bajo la constelación de Pegaso”. En la tradición occidental, se consideraba a Perseo como *el primer caballero andante del mundo*, y tenía también un carácter germinativo pues, cuando su caballo Pegaso pega una coza en una piedra, hacía brotar la fuente Hipocrene en el Monte Helicón. Todo se ponía dúctilmente a la mano para bordar un nuevo discurso revisionista y estabilizador.

Pero existe otra asociación aún más estrecha entre el Pegaso de la fuente y la Ciudad de México. El día de la victoria española en Tenochtitlán fue el 13 de agosto de 1521, fiesta de san Hipólito (Roma, *ca.* 170-Cerdeña, *ca.* 236), personaje contradictorio que por una parte fue considerado como “antipapa”, y por otra terminó siendo incluido en el santoral católico. El teólogo medieval Prudencio lo comparó con el hijo de Teseo, Hipólito, que significa “el que desata los caballos”, y es por ello considerado como el santo patrono de los equinos. Entre su voluminosa obra (mucho apócrifa y otra perdida), destaca su *Refutación de todas las herejías*, también conocida como *Philosophumena*, todo un tratado de exégesis católica ortodoxa, precursor en cierta medida del famoso *Malleus maleficarum*. También por este lado se podría ponderar la erección no tan insólita de un caballo alado en la fuente principal del patio del palaciego recinto de los virreyes novohispanos.

Por todo lo arriba apuntado me atrevo a sugerir al Pegaso como la *constelación de la polis*, pues tiene un significado simbólico bastante

evidente y profundo, en relación con los destinos y modelos apropiados para la urbe que domina desde el firmamento, trasponiendo a ella sus relaciones paradigmáticas y de eficaces y virtuosos equilibrios entre los diversos componentes de la sociedad: el rey, el caballero, la Iglesia y la comunidad involucrados en un propósito común de convivencia y progreso, para intentar reproducir una *Nueva Jerusalén* en la tierra. Supongo que esta posibilidad no habrá escapado a los perspicaces ojos del marqués de Cerralvo y del obispo Palafox, el primero emplazando la fuente y el segundo asumiendo la figura alada como posible emblema virreinal.

Pero esta asociación simbólica también pudo venir desde mucho tiempo atrás. En su interesante estudio *Descifración de la Piedra del Calendario* (1957), del profesor J. Avilés Solares,¹⁹ se estudia la correspondencia, o más bien la diversidad, de las constelaciones que consideraron los antiguos astrónomos aztecas en contraposición a la tradición científica euroasiática.

Al hablar de la mesoamericana *Constelación del Colotl*, parcialmente relacionado con la del Pegaso, señala (respeto a la tipografía original):

Entre mi asterismo y el del *esquema* de Sahagún, se presentan diferencias todavía mayores que las especificadas con respecto al *Tianquiztli*. Son las que paso a detallar.

Las formas del esquema sahanguntino son demasiado rígidas: cuerpo, antenas y patas del arácnido son rectilíneos; la cola, es una línea quebrada. En mi asterismo, resultan formas curvilíneas; MÁS ACORDES CON EL ESTILO ARTÍSTICO ABORÍGEN.

La orientación del *Colotl*, para el franciscano, es con las antenas al oriente, como mi propio asterismo; pero la cola del alacrán, en aquél, se enrosca hacia el sur, y en el mío, hacia el norte.

El número de estrellas, es de 26, para Sahagún; quizá como una remembranza de la constelación precedente; mientras que en mi interpretación, únicamente resultan 23.

Considero de poca importancia tales diferencias; pero no así la distinta disposición que le dan al asterismo los señores Castañeda y Mendoza.

¹⁹ J. Avilés Solares, *Descifración de la Piedra del Calendario* (México [s. e.], 1957).

Ellos ponen invertido al *Colotl*: antenas al oeste, cola al oriente y enroscándose hacia el norte.

En mi parecer, la figura real del *Colotl*, como yo la concibo, parecidamente a la del esquema de Sahagún, debe tener estructura similar a la del *Tianquiztli*, análoga también con la del *Cipactli*, según veremos.

Con efecto, al recorrer el *Tonatiuh* dichas constelaciones, entra en ellas como por el lado angosto de un embudo, emergiendo por el ancho. Dado lo armonioso y lógico del pensamiento indígena, no es verosímil que el caso del *Colotl* hiciera excepción; que el *Tonatiuh* entrase en él *au rebours*. Creo, por lo tanto, que el sol debe entrar a dicha constelación por la cola del alacrán y salir por sus fauces: ASÍ OCURRE EN MI ASTERISMO.

Dicho esto, individualicemos sus estrellas.

En el lado boreal del cuerpo, son: *iota*, *theta*, *gamma*, *zeta* y *etha* de *Aquarius*, y *gamma* de *Piscis*.

En el lado austral: partiendo de *iota* de *Aquarius* (donde se juntan ambos lados y la cola del animal), *tau* y *phi* de *Aquarius* y *chi* de *Piscis*.

En la pata boreal: partiendo de *zea* de *Aquarius*, *theta* y *epsilon* de *Pegasus*.

En la pata austral partiendo de *tau* de *Aquarius*, *delta* y *b.1* del mismo.

En la cola: partiendo de *iota* de *Aquarius*, *delta* y *gamma* de *Capricornus*, y *xi* y *beta* de *Aquarius*.

En las antenas *theta* y *iota* de *Piscis*.

En el centro del cuerpo *lambda*, *chi*, *rho* y *sigma* de *Aquarius*.²⁰

Quizá, teniendo en cuenta lo anterior, al colocar un caballo alado en la fuente virreinal, también se trataba de asociar o amalgamar la cosmogonía europea e indígena, pues parte de la constelación del Pegaso se encuentra incluida en la constelación aborigen de *Colotl*, con un sentido también de búsqueda del equilibrio y ansias de trascendencia. La pertinencia de este propósito subyacente puede argumentarse con la cercana aventura indigenista de Guillén de Lampart, en una época muy contigua al emplazamiento de la escultura.

El *Pegaso* de Tovar ha recibido escasa atención de la crítica: salvo los tres espléndidos prólogos de la presente edición y sus esclarecedores y aportativos apéndices, apenas ha merecido la opinión de los estudiosos,

²⁰ *Ibid.*, 176-177.

lo cual podría indicar en primer lugar una cierta “conciencia culpable”, o quizá es el resultado del estupor para muchos de un enfoque tan novedoso sobre un tema tan complejo. Un gesto contemporáneo de justicia textual significaría que se aquilatará mucho más lo que contiene este ensayo y se introdujera como lectura de los aspirantes a historiadores que hoy se forman en las academias universitarias.

Sin embargo, en 1994, el escritor Jorge F. Hernández, al ponderar el libro en las páginas de *Vuelta*, hablaba sobre la “curiosidad inagotable” del autor, y después de referirse a la “continua revelación” que es el centro de la Ciudad de México, condensaba las cualidades del ensayista, quien mezcla “los ingredientes del historiador que registra memorias con las habilidades (propias de las crónicas) de quienes diferencian testimonios” en ese arte difícil de “distinguir tiempos”, pero destaca que “Tovar apela a una conjugación aún más difícil: lejos de la memorización insípida o del acartonamiento académico, su vocación reconcilia a la memoria con la imaginación y a ambas con la reflexión”, que sumado a su “curiosidad imaginativa”, “lo llevó no sólo a rastrear la leyenda grecolatina que sustenta la existencia de ese tipo de caballos, sino a la configuración misma de México y, en particular, del México que se llamó Nueva España”. Y es que, prosiguiendo con Hernández, “Tovar revela en este estudio cómo los emblemas encerraban ideas, anhelos y sensaciones que iban más allá de lo decorativo”.

Por mi parte, creo que los llamados “programas emblemáticos” eran mucho más que un esquema de demostración visual atendida a las leyes del gusto de los tiempos, sino que trascendían hacia proyectos con pretensiones y alientos sociales e históricos. Al representar no sólo codificaban elementos de la tradición culta, sino que precisamente para esos grupos ilustrados revelaban una idea de vida, mucho más debajo de las estrellas significantes, acá en la tierra. Esos signos eran la *cábala* de otros tiempos, la *cifra* de un sueño compartido.

Guillermo Tovar no escribió su libro para complacer los gustos de una época, y menos aún por las urgencias de la cotidianidad: su empeño miró mucho más adelante y hacia adentro, hasta las mismas médulas de la esencia del ser nacional, en un destino compartido que, por caprichos del destino, del azar concurrente, se llama *México*. Ese Pegaso de Palacio Nacional ha visto pasar los tiempos: desde los del virreinato hasta los

presidenciales de hoy, pasando por dos imperios, una república restaurada y dos invasiones extranjeras, siempre desafiante con sus alas al viento, manando agua vivificante, y que seguirá despertando esa sed insaciable del ser y del saber, trazando el destino de un pueblo: *Sic itur ad astra.* ①

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autorral de la obra.



IIII INSTITUTO DE
IIII INVESTIGACIONES
IIII BIBLIOGRÁFICAS